

XXV. MARIA MODELO

30 de Marzo de 1987

Muy queridos todos en SM:

Hace algunas semanas que han concluido las vacaciones, ya estarán todos nuevamente en sus trabajos. Una vez más me pongo a escribirles. Le pido al Espíritu Santo que todo lo que diga y haga sea *en* María y *como* ella, a fin de que todos seamos más y más *para* Cristo.

El primer ciclo de cartas que les envié estaba en la línea de la iniciación; el segundo continuaba el primero y motivaba a la perseverancia; este tercer ciclo que aquí iniciamos reclama una mayor determinación.

Sabemos que uno de los aspectos constitutivos de la espiritualidad mariana es la presencia de María –Madre y Mediadora– como modelo perfecto de vida cristiana. Modelo que, por el mismo hecho de engendrar y mediar, invita y atrae efectivamente a la imitación.

Sabemos también que no hay genuina devoción a María sin la imitación de las virtudes evangélicas que ella nos enseña con su ejemplo. La doctrina del magisterio, sobre este particular, no deja resquicios a la duda.

“Ni la gracia del divino Redentor, ni la intervención poderosa de su Madre y Madre espiritual de todos nosotros, ni su santidad excelsa nos podrán conducir al puerto de salvación si no correspondemos a todo esto con nuestra voluntad constante de honrar a Jesucristo y a la Virgen Madre de Dios mediante la imitación devota de las virtudes que ambos pusieron en evidencia” (Pablo VI, *Signum magnum*, I:1, cf. *Lumen gentium*, 67).

En más de una oportunidad, durante los años precedentes, nuestra Madre se nos presentó como modelo de: oración, humildad, pobreza, compromiso, trabajo, castidad, virginidad, consagración, vida matrimonial y familiar... Y tengo por cierto que se nos volverá a presentar para mostrarnos otras virtudes y valores cristianos.

Con anterioridad, ella misma nos había dicho: “Yo soy... modelo vivo y perfecto que invito a la fe, caridad y comunión con Dios”. Y cuando yo les pregunté a ustedes: “¿de qué nos es modelo y hacia dónde nos atrae María?”, recuerdo que la respuesta fue unánime y espontánea: ¡modelo de contemplación en su soledad solidaria!

En fin, si queremos vivir como ella hemos de seguir sus pasos. No podemos llevar una vida cristiana marianizada si no vivimos como vivía y vive María. Más todavía: ¡no podríamos ni vivir una vida cristiana! ¿Por qué? Pues ella es la “primera y más perfecta discípula de Cristo”, que nos precedió y precede en la peregrinación de la fe (Pablo VI, *Marialis cultus*, 35; cf. *Lumen gentium*, 58, 62-63).

Lo ya escrito nos sirve de introducción al tema de esta carta: *María Modelo*. Pero una vez dentro hay que decidir por dónde seguir. Las Escrituras nos permitirán establecer un fundamento sobre el cual apoyar el primer paso. La tradición y el magisterio ayudarán a ubicar los buenos ejemplos de María en el marco de su relación con la Iglesia. Posiblemente, una vez esclarecido lo recién dicho, el resto se hará evidente.

1. IMAGEN Y SEMEJANZA

Dios modelo del hombre

Abro la Biblia. Desde las primeras páginas se me está diciendo que Dios mismo es el modelo del hombre. Creados a imagen y semejanza de Dios, hemos de mirar al modelo que llevamos en nuestro corazón para hacerlo cada día más visible en nuestras vidas.

De igual manera, en los evangelios, Dios es presentado como modelo de hombre. Se nos dice: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt. 5:48). Jesús mismo lo dice, y agrega: “Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial” (Mt. 5:44-45); “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc. 6:35). De aquí que el apóstol Pedro concluya: “Así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta” (I Ped. 1:15).

Jesús, el maestro, nos enseña con palabras y obras. El, imagen del Dios invisible, engendrado antes de toda criatura (Col. 1:15), se hace hombre para que todo hombre se haga conforme a él, imagen perfecta del Padre (Rom. 8:29; Col. 3:10). Escuchemos nuevamente su voz:

- “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29).
- “Os he dado ejemplo –lavando vuestros pies– para que también vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros” (Jn. 13:15).
- “Este es el mandamiento mío, que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn. 15:12).

Viviendo en Cristo, podemos reflejar y presentar ante el mundo la imagen de Dios; nos convertimos, de esta manera, en modelos para nuestros hermanos (II Cor. 3:18). Por este motivo, san Pablo podrá decir, sin falsas modestias: “Os ruego que seáis mis imitadores” (I Cor. 4:16).

Transparencia del Evangelio

Todos, pues, estamos llamados a ser modelos de vida cristiana, cada uno según su propia vocación (I Tim. 4:12; I Ped. 5:3). Y entre todos sobresale María, la Madre del Señor; no en vano Jesús agonizante nos la entregó como Madre para que seamos como ella es (Jn. 19:27).

La Iglesia naciente, la comunidad primitiva, recibió a María como Madre y como don de su Maestro. La acogió asimismo en su seno como a una hermana en la salvación.

Pero tampoco ignoraban los creyentes que María era la Madre del Señor, y reconocían que ella había creído, antes que ellos negaran y creyeran. Y muy pronto se dieron cuenta que en esa hermana y Madre refulgía y se transparentaba el evangelio en forma incomparable y fascinantemente atractiva.

2. TIPO Y MODELO

Múltiples relaciones

Las relaciones entre María y la Iglesia son tan estrechas que “la una no puede subsistir sin la otra” (Pablo VI, *Marialis cultus*, 28). Esto significa que se trata de relaciones múltiples y que pueden contemplarse desde diversos ángulos. En consecuencia, las formulaciones sencillas no son fáciles de lograr. No obstante, la poesía suele sortear todos los escollos. Escuchemos a un poeta, al elocuente testigo de una larga tradición, Isaac de la Estrella, abad cisterciense del siglo XII.

Cabeza y Cuerpo: Cristo forma un Todo.
Hijo de Dios, es hijo de María.
Un Hijo en quien se juntan muchos hijos.
En su Madre, la Iglesia se perfila.
Una y otra son madres y son vírgenes.
Una y otra conciben del Espíritu.
Una y otra, sin mancha ni pecado,
al Padre celestial engendran hijos.

María le da al Cuerpo la Cabeza.
La Iglesia, a la Cabeza le da el Cuerpo.
Una y otra, son madres del Señor:
ninguna sin la otra, por entero.

Cada fiel, como miembro de la Iglesia,
es esposa y es madre del Señor,
es hija y es hermana de Jesús,
es virgen y es fecunda por su amor.

Lo que de un modo universal se dice
de la Iglesia, se dice especialmente
de María y en modo singular
se dice de cada uno de los fieles.

De un modo universal, puede afirmarse
que la Iglesia es morada del Dios Santo:
en sentido especial, también María;
y en modo singular, cada cristiano.

Vuelvo a la prosa y a nuestros propios días. Inspirándome en el Vaticano II, establezco esta triple relación entre María y la Iglesia, entre ella y nosotros. Espero que el afán de sencillez no me haga traicionar la verdad.

- Relación *trascendente*: María es Madre de la Iglesia.
- Relación *inmanente*: María es hermana mayor de los redimidos.
- Relación *tipológica*: María es figura y modelo de la Iglesia.

Me explico. María trasciende a la Iglesia por ser la Madre de Cristo, Cabeza de la Iglesia; de esta Iglesia de la cual María es Madre pues colaboró en la restauración de la vida sobrenatural en las almas. Pero también nos es cercanísima, es nuestra hermana, porque está unida con todos nosotros, humanos necesitados de redención; redimida, sí, aunque de un modo eminente y singular (cf. *Lumen gentium*, 61, 53).

Figura de la Iglesia

¿Y cómo hago ahora para explicarles la relación tipológica? Hay libros y libros sobre el tema. Les comparto aquello que entiendo.

San Ambrosio, obispo de Milán en el siglo IV, decía que María es tipo o figura de la Iglesia. Y con esto estaba diciendo muchas cosas al mismo tiempo. Nuestros obispos, reunidos en el Vaticano durante el concilio, vieron a María, en cuanto tipo, como:

- *Signo* viviente y personal que hace presente a la Iglesia.
- *Modelo* perfecto conforme al cual la Iglesia fue hecha.
- *Imitable* para que la Iglesia llegue a su perfección.

Es decir, lo que la Iglesia es, se encuentra prefigurado en María de un modo vital y personal. María es, entonces, Iglesia antes de la Iglesia y, por lo mismo, ideal moral o modelo de la misma. La Iglesia se configura según el modelo que contempla en María, su primer miembro, de inefable perfección. Cuando la Iglesia quiere reencontrar su más íntima realidad, ha de imitar a María, su tipo o figura perfecta.

Fuente interior del Espíritu

Aunque no deseo complicar el asunto, tengo que agregar algo más. María, en cuanto modelo, no ejerce un influjo meramente externo, desde fuera. Por el contrario, su influencia es intrínseca, desde dentro. En la medida de nuestra entrega, ella nos modela al igual que una madre modela a su hijo, imprime lo que es y configura según ello. La función modélica y ejemplar de María es inseparable de su mediación y maternidad en el orden de la gracia. Por eso decimos que ella atrae efectivamente invitando a la imitación.

María no es un modelo pasivo y estático, sino dinámico y viviente. Sepámoslo o no, cuando nos sentimos movidos a imitarla, nos estamos poniendo bajo el influjo de su acción materna.

Más aún, cuando nos acercamos a María para contemplarla y tomarla como modelo, nos estamos abriendo a la acción del Espíritu, pues ella está totalmente plasmada y configurada por el Espíritu Santo, el cual nunca obra en nosotros sin la cooperación de María.

Además, el Espíritu Santo suele valerse, para modelarnos como hijos según la figura de María, de otros hermanos y hermanas que ya han sido penetrados y transformados por la gracia divina, que abundó y sobrepasó en el corazón de la Madre.

María se impone por la fascinación espiritual de su presencia. Ejerce una atracción que se convierte en mutuo amor, en participación y comunión. A ella no se la imita copiándola, sino participando en su ideal y en su vida (cf. Pablo VI, *Marialis cultus*, 35ss.).

3. IMITACIÓN Y SEGUIMIENTO

He tratado de explicarles en qué consiste la relación tipológica entre María y la Iglesia. No sé si lo he logrado. Formulo otra pregunta de más fácil respuesta: ¿de qué es figura y modelo María, y qué ejemplos nos invita a imitar y seguir?

En el Concilio Vaticano II

Para responder a este interrogante me voy a limitar, en principio, a las enseñanzas del magisterio. Comienzo por el Vaticano II. Su doctrina puede condensarse en tres líneas. María es tipo y modelo de la Iglesia en el orden de:

- La fe, esperanza, caridad y perfecta unión con Cristo (*Lumen gentium* = LG, 53 y 63).
- La virginidad y maternidad espirituales (LG, 63-65).
- Todas las virtudes, en especial la obediencia a la voluntad divina (LG, 65).

Y a estas tres líneas se les pueden agregar otras tres. María es asimismo modelo sublime para cada uno de los diferentes estados de vida: sacerdotal, religiosa y laical. Cada uno, según corresponda, podrá contemplar e imitar en ella:

- La docilidad en el servicio sacerdotal a la obra de la redención (*Presbyterorum ordinis*, 18).
- La disciplina religiosa de la pobreza, castidad y obediencia (*Perfectae caritatis*, 25; LG, 46).

- La vida espiritual y apostólica propia del laico (*Apostolicam actuositatem*, 4).

En Pablo VI

El papa Pablo VI, en su exhortación apostólica *Signum magnum* (=SM), nos invita a ver a María:

“Firme en su fe, pronta a la obediencia, simple en la humildad, exultante en la alabanza a Dios, ardiente en la caridad, fuerte y constante en la oblación de sí misma” (SM, I:6).

Y nos la propone también como modelo que imitar para recibir de la forma más digna posible al Verbo de Dios en nuestras almas (SM, II:3).

Pocos años después, en 1974, en esa joya que es la exhortación *Marialis cultus* (=MC), nuestro querido Padre y Papa volverá a presentar la dimensión modélica de la vida de María. Pero esta vez desde una perspectiva muy original: como ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive la sagrada liturgia.

Esta ejemplaridad dimana de su perfección en el orden de la fe, esperanza, caridad y perfecta unión con Cristo; o sea, aquellas disposiciones que asocian a Cristo y por cuyo intermedio se rinde culto al Padre eterno (MC, 16). María se nos presenta así como:

- Virgen *oyente*: que acoge con la fe la palabra de Dios. Fe, con la que ella, protagonista y testigo singular de la encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón (MC, 17).
- Virgen *orante*: tal como aparece en la visita a la madre del Precursor, donde abre su espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza. Tal es el “magnificat”, la oración por excelencia de María que se ha convertido en oración de toda la Iglesia en todos los tiempos (MC, 18).
- Virgen *oferente*: ofrecimiento anticipado en la presentación del niño en el templo. Ofrecimiento que encuentra su plenitud en el acontecimiento salvífico del calvario. Aquí, Cristo se ofrece a sí mismo inmaculado a Dios, y María se adhiere amorosamente a la inmólación de la víctima por ella engendrada y se la ofrece ella misma al Padre (MC, 20).
- Virgen *madre*: que engendró por la fe y la obra del Espíritu. Al igual que la Iglesia que se convierte en madre al engendrar hijos para Dios mediante la acción del Espíritu, la predicación y el sacramento del bautismo (MC, 19).

Ejemplo para toda la Iglesia en el ejercicio del culto divino –continúa el Papa Pablo–, María es también “maestra de vida espiritual para cada uno de los cristianos”. Quienes, siguiendo sus ejemplos, hacen de su culto un compromiso de vida, podrán hacer de su vida un culto a Dios (MC, 21). ¿Cómo? Abrazando total y responsablemente la voluntad de Dios; acogiendo la palabra y poniéndola en práctica; animando toda obra con la caridad y el espíritu de servicio. Precisamente por esto María fue “la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene un valor universal y permanente” (MC, 35).

“La Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de

la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones” (MC, 37).

Hacia el final de su exhortación (MC, 57), Pablo VI vuelve al aspecto modélico de la vida de María. Una vez afirmada la supremacía modélica de Cristo, presenta la función ejemplar y subordinada de su Madre, destinada a “reproducir en los hijos los rasgos del Hijo primogénito”. El Papa enumera luego un listado de sólidas virtudes evangélicas, que resplandecen en la santidad ejemplar de María y han de adornar a sus hijos que las reproducen en sus propias vidas. Estas virtudes son:

La fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios; la obediencia generosa; la humildad sencilla; la caridad solícita; la sabiduría reflexiva; la piedad hacia Dios; la oración en la comunidad apostólica; la fortaleza en el destierro y en el dolor; la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor; el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz; la delicadeza provisoriosa en favor del prójimo; la pureza virginal; el fuerte y casto amor sponsal. De estas virtudes de la Madre, se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida.

En Puebla

Nuestros Obispos latinoamericanos, en Puebla de los Angeles, no vacilaron en mostrarnos a María como modelo para la vida de la Iglesia y de los hombres. Les aconsejo leer, meditar y hacer propia la doctrina que aquí les resumo en unos pocos trazos. En el *Documento de Puebla* (=DP) María se nos presenta como modelo:

- En su *relación con Cristo*, con quien anudó una íntima, santa y única historia de amor, que culmina en la gloria (DP, 292-293).
- En su *contemplación* que origina una fructuosa evangelización, y le permite ser toda de Cristo y con él, toda servidora de los hombres (DP, 294-295).
- En el orden de la *fe* vivida como don, apertura, respuesta y fidelidad (DP, 296).
- De *perfecta discípula*, que se abre a la palabra y se deja penetrar por su dinamismo (DP, 296).
- De *pobre comprometida*, que alaba al Dios de los humildes que, dado el caso, derriba a los poderosos (DP, 297).
- De *hombre nuevo*, por su concepción inmaculada gracias a la redención de Cristo (DP, 298).
- Del *sentido y destino del cuerpo*, integrado al alma, santificado por la gracia y partícipe de la resurrección de Cristo (DP, 298).
- De *mujer*, llamada a ser alma y entrega que espiritualice la carne y encarne el espíritu (DP, 299).
- De *servicio* que conjuga el anuncio del evangelio con las necesidades de los hombres, permitiendo que la Buena Noticia se haga carne y corazón en nuestros pueblos (DP, 300-303).

Párrafos más adelante se vuelve a retomar el tema, pero esta vez desde una perspectiva más particular. María es así modelo de consagración en la vida religiosa (DP, 745); y de la mujer latinoamericana, llamada a cooperar en la misión de la Iglesia (DP, 844).

En Juan Pablo II

Acaba de llegar a mis manos la sexta carta encíclica de nuestro Papa polaco: *Redemptoris mater* (=RM). Un apetecible aroma a pan fresco, recién horneado, se desprende de ella. Una primera y rápida lectura me convence bien pronto de que no se trata de una carta circunstancial o de ocasión. Todo lo contrario. Es una profunda meditación que recorre y profundiza, en algunos aspectos, la enseñanza conciliar, contenida en el capítulo octavo de la constitución dogmática sobre la Iglesia.

El tema general de la *Redemptoris mater* puede sintetizarse así: María en el misterio de Cristo y su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia peregrina. ¿Ejemplar o modelo de qué? Ante todo y sobre todo, de esa fe que es adhesión, obediencia, noche, despojo, camino, peregrinación, maternidad, virginidad, fidelidad... y bienaventuranza.

Si conocíamos a Juan Pablo como el Papa de la consagración mariana, ahora lo conocemos también como el Papa de la fe de María. Sin haber leído con el detenimiento este enjundioso documento, constato enseguida que María está también presente en el misterio de la Iglesia como modelo de madre y virgen (RM, 42-44), y como:

- “Imagen de la divina belleza, morada de la sabiduría eterna, figura de la orante, prototipo de la contemplación, ícono de la gloria: aquella que, desde su vida terrena, poseyendo la ciencia espiritual inaccesible a los razonamientos humanos, con la fe ha alcanzado el conocimiento más sublime” (RM, 33).
- “La imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos” (RM,37).
- “Figura que proyecta luz sobre la mujer en cuanto tal..., espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo” (RM, 46).

Y dejo por el momento a Juan Pablo y su carta. La lectura de esta encíclica puede resultar laboriosa, pero les aseguro que el esfuerzo no quedará sin recompensa.

En la reflexión cristiana universal

Los textos del magisterio que hemos consultado nos han mostrado diferentes rostros, aspectos y virtudes de María que la Iglesia y cada cristiano están invitados a imitar y seguir a fin de alcanzar la perfección evangélica.

Si nuestra consulta hubiera interrogado la larga *historia de la espiritualidad mariana*, habríamos podido constatar con facilidad cómo en diferentes épocas y lugares se descubrió y mostró uno u otro aspecto de la santidad ejemplar de María. O, si se prefiere hablar de otra manera, cómo María se hizo presente mostrando, según aspiraciones y esperanzas, diferentes virtudes cristianas que el Espíritu deseaba regalar, valiéndose de su ejemplo y mediación, como así también de nuestra libertad y cooperación.

Valgan, para ilustrar lo recién dicho, estos pocos datos de muestra. En los primeros siglos cristianos se vio y se mostró a María como modelo eximio de una vida consagrada en la virginidad. En los ámbitos monásticos medievales europeos brilló como ejemplo en el orden de la humildad y

la obediencia. En el oriente bizantino y eslavo se la presenta como imagen de la sabiduría y la ternura. En nuestra Latinoamérica contemporánea, en consonancia con las aspiraciones de nuestros pueblos, se la descubre como modelo de libertad, contemplación y evangelización integral.

Cada uno de nosotros, además, sentirá *particular atracción* hacia uno u otro aspecto de la santidad modélica de María. En esto influye nuestra sensibilidad, educación, historia personal, relaciones, anhelos, experiencias de vida y otras mil circunstancias que la gracia de Dios utiliza como vehículos y mediaciones.

Cada uno, en última instancia, es el propio juez de la validez de sus opciones en la línea de la imitación mariana. No obstante, los rasgos señalados por la tradición y el magisterio son de alcance universal y hasta pueden servir como criterios para discernir la validez de nuestras inclinaciones individuales. Me explico: pretender imitar a María como modelo de ama de casa y amable vecina, dejando de lado su fe y servicio, sería una lamentable reducción.

Internalizar a María

Antes de continuar quiero hacer un llamado de atención. La imitación no es repetición. No se trata de copiar un modelo. Imitar no es reduplicar. Imitar a María es *internalizar* o hacer propios los valores o bienes que motivaron la vida de María: fe, esperanza, caridad, oración, disponibilidad, libertad, gratuidad, entrega, compromiso, servicio...

Ya sabemos que los valores son bienes atrayentes que motivan o guían nuestro obrar. En el caso de nuestra Madre inmaculada podemos agregar algo más: ¡ella misma, sumo bien y bondad, es un valor! Por eso su persona y presencia tiene importancia, influencia y “arrastre” en nuestras vidas. Por eso guía nuestra acciones, inspira nuestra conducta y configura nuestra personalidad.

María es para nosotros un modelo, pues es un valor. Y la valoramos cuando la imitamos, cuando intentamos participar en los bienes motivantes de su existencia, cuando procuramos comulgar con su vida para ser más plenamente de Cristo.

Puedo ya decirles que se me ha aclarado el panorama de la presente carta: me es evidente el camino por donde seguir. Les compartiré cómo he visto y veo a María, en qué desea ella que yo la imite y siga a fin de configurarme más plenamente con su Hijo. Lo que les contaré no les resultará nuevo, la razón es sencilla: juntos la hemos visto y vemos, juntos hemos interpretado e interpretamos sus deseos.

María es para nosotros modelo de fe y contemplación, soledad y solidaridad. Ella se nos muestra y la vemos como *creyente contemplativa* y como *soledad solidaria*. Estos son los valores que ella encarna, nos desea regalar y estamos dispuestos a imitar. Esto es lo que ella es y nosotros deseamos ser.

4. CREYENTE Y CONTEMPLATIVA

Crear es una actividad propia del ser *humano*; tan propia de él como pensar y hablar. La persona es uno en relación, y la relación se atrofia o aborta si no se cree al otro y si no somos creídos por él. Esto es así pues la fe consiste básicamente en: abrirse, acoger y responder.

La fe, en perspectiva antropológica, es posibilidad de extender las propias fronteras, es capacidad para aceptar la medida ajena.

La fe *religiosa* potencia nuestra fe humana abriéndonos al infinito de Dios. El creyente confronta al Ser que lo trasciende y lo invita a trascenderse. Creer es autotranscenderse por invitación y don del Trascendente. No creer a Dios y en Dios es permanecer confinado en las estrecheces de los propios límites. Y todos sabemos muy bien cuán ardua puede resultar la renuncia a la propia medida para abrazar sin cálculos la medida de Dios. Para nosotros esto es imposible, pero todo es posible para Dios.

Características de la fe

Las Escrituras nos enseñan que la fe *cristiana* es: acogida confiada y abandono amoroso en la verdad, bondad y poder de Aquel a quien creemos (Cf. Notas de la Biblia de Jerusalén a Mt. 8:10 y Rom. 1:16). Las principales características de esta fe, de la cual María es modelo supremo, son:

- Posibilita un *encuentro* inmediato o directo con Dios en Cristo (Cf. Rom. 10:6-9; Ef. 3:17; Hech. 6:5; 11:24).
- *Conoce y obra* mediante el amor (Cf. II Ped. 1:5-9; Gál. 5:6).
- *Anticipa* aquello que se espera (Cf. Heb. 11:1; Rom. 5:1-5).
- Es *obscura* en esta vida pues mira al Invisible (Cf. II Cor. 5:6-7; Heb. 11:1, 27; Jn. 20:29).
- Da acceso a la *sabiduría* de Dios (Cf. II Cor. 2:1-16).
- Es fuente de profundo *gozo y oración* (Cf. I Tes. 1:6; I Ped. 1:6-9; Flp. 1:25; Col. 3:16).
- Se vale de las pruebas y *contrariedades* para crecer (Cf. II Tes. 1:3-5; II Cor. 1:8-11).
- Se comunica mediante el *testimonio* (Cf. Hech. 4:20; I Cor. 9:16; II Tim. 1:8).
- Permite hacerse *fuerte* como sobre una roca firme (Cf. Rom. 1:16-17; 4:18-22; Ef. 6:10-20; Heb. 11:27; Mt. 14:22-32).
- Es requisito para que Dios *actúe* y traslade montañas (Cf. Mt. 9:27-30; 13:58; 17:19-21; 21:21-22; Mc. 9:23; I Cor. 13:2).
- Fructifica engendrando *hijos* de Dios (Cf. Gál. 4:19; I Cor. 4:15).
- Incentiva a continuar *buscando* (Cf. Flp. 3:8-14; Heb. 11:8-10).

A fin de reunir lo más substancioso de lo dicho, acá les ofrezco tres densos párrafos del Papa Juan Pablo II sobre el sentido de la fe cristiana.

“La originalidad de la fe se presenta como una vida sobrenatural, mediante la cual la auto-revelación de Dios se arraiga en el terreno de la inteligencia humana, convirtiéndose en fuente de luz sobrenatural, por la que el hombre participa, en medida humana, pero a un nivel de comunión divina, de ese conocimiento con el que Dios se conoce eternamente a Sí mismo y conoce toda otra realidad en Sí mismo” (Catequesis del 10-IV-85).

“La fe cristiana es la respuesta consciente y libre del hombre a la auto-revelación de Dios, que llegó a su plenitud en Jesucristo. Mediante lo que san Pablo llama “obediencia de la fe”, todo el hombre se abandona a Dios, aceptando como verdad lo que se contiene en la palabra de la divina revelación. La fe es obra de la gracia que actúa en la inteligencia y en la voluntad del hombre, y, a la vez, es un acto consciente y libre del sujeto humano” (Catequesis del 19-VI-85; Cf. *Dei verbum*, 5).

“Crear quiere decir abandonarse en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente, ¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!” (*Redemptoris mater*, 14; Cf. 13).

La fe de María

Ya les dije que la primera comunidad cristiana al acoger a María en su seno encontró en ella la más pura transparencia del evangelio. Más concretamente, la contempló como la más perfecta discípula y, por lo mismo, como la más acabada de las *creyentes*.

Este recuerdo histórico de la imagen de María, atesorado por la comunidad, lo encontramos explicitado en los evangelios de Lucas y Juan. Con seguridad, algunos miembros de la comunidad, el mismo san Juan entre ellos, recibieron confidencias de María que pasaron luego a la pluma de los evangelistas.

Tengamos entonces en cuenta que los relatos marianos de los evangelios no son una simple descripción histórica y biográfica de María. La realidad es un poco más compleja. Los Padres conciliares, en la constitución sobre la divina revelación, nos enseñan a distinguir *tres fases* en la composición de los evangelios:

- Los *hechos y dichos* acontecidos y proferidos.
- Lo que los apóstoles y discípulos *predicaron y enseñaron*, a la luz de la resurrección y del don del Espíritu, lo cual les permitió una nueva comprensión de todo lo vivido y oído.
- La *obra* de los evangelistas que, escogiendo material de la tradición oral y escrita, reduciéndolo a síntesis y adaptándolo a sus destinatarios, nos transmitieron datos auténticos y genuinos (Cf. *Dei verbum*, 19).

Dejemos ahora que Lucas y Juan nos cuenten lo más interesante que ellos recibieron y meditaron sobre la fe de María. Lo que nos dicen es lo que ellos trataron de seguir e imitar, a fin de que nosotros sigamos e imitemos. Tengamos por cierto que la gracia del Espíritu no nos faltará, ni para comprender ni para actuar.

“Agraciada y Encantadora”

El relato de la *anunciación* del evangelio según san Lucas (1:26-38) no pretende narrar sin más la experiencia interior de María en el momento de la encarnación. Supuesta esta experiencia, las confidencias de María al respecto, los recuerdos de la comunidad y la enseñanza apostólica, Lucas elabora lo acontecido y recibido según un par de modelos literarios, conocidos ya en la tradición escrita de Israel:

- Anuncios de *nacimientos* prodigiosos (Cf. Gn. 16:7-12; 17:15-22; 21:1-7; Juec. 13:2-24; I Sam. 1:17-20; Lc. 1:1-13).
- Relatos de *vocaciones* de personas elegidas (Cf. Juec. 6:11-24; Is. 6:1-13; Jer. 1:4-10; Ez. 1:2-3; Zac. 1:1-2).

De esta manera, Lucas nos comunica una doble revelación sobre la persona y misión de Jesús y de la Virgen María. Y nos cuenta, al mismo tiempo, *a quién, en qué y cómo* creyó María.

La experiencia interior de la Virgen se nos hace inteligible mediante un diálogo con el enviado de Dios (Cf. Dan. 9:20-27). Este la invita a la alegría y la saluda con un par de títulos que impactan a María y le hacen reflexionar sobre su sentido: “Se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo” (1:29-30). He aquí el saludo, los títulos y el fruto de la reflexión.

- *Alégrate* (en griego, jáire): saludo escatológico o propio de la plenitud y fin de los tiempos, saludo que María recibe, siendo invitada a cooperar en su realización (Cf. Sof. 3:14; Zac. 9:9; Joel. 2:21).
- *Llena de gracia* (kejaritoméne): nombre nuevo y acorde a una nueva realidad, cuya traducción literal sería: la que ha sido, sigue y seguirá siendo plenamente favorecida por Dios (Cf. 1:30; Ef. 1:3-6).
- *El señor es contigo*: y seguirá estándolo en la misión particular que le confía en favor de su pueblo (Cf. Gn. 28:15; 31:3; Ex. 3:12; Dt. 31:23; Jos. 1:9; Juec. 6:12; Is. 41:10; Jer. 1:8, 19; 15:20).

En definitiva, Dios le está diciendo a María: alégrate, agraciadísima, ha llegado el momento de obrar; no temas, has hallado favor a mis ojos; quisiera que me ayudaras en una misión extraordinaria.

Dios le revela a María el misterio de ella misma. La invita a autocomprenderse en relación con El de una nueva forma. La fe de María se abre a la revelación de lo que Dios ha obrado y obrará en ella y por ella.

Ante lo que antecede no puedo dejar de preguntarme a mí mismo: ¿creo que hemos sido elegidos y agraciados en el Amado para ser hijos adoptivos del Padre y alabanza de su gloria?

El Hijo anunciado

El mensajero, a continuación, tranquiliza a la Virgen: “No temas, porque has hallado gracia delante de Dios” (1:30), y le expone el sentido de su misión: “Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús” (1:31). Y este niño, llamado “Yahvéh salva”, será además (1:32-33):

- *Grande*: en sentido absoluto, al igual que Dios (Cf. Sal. 48:2, 76:2; 86:10; 96:4; comparar con Lc. 1:15).
- *Hijo del Altísimo*: relacionado peculiarmente con Dios (Cf. Gn. 14:18; Dan. 4:14; Lc. 1:76; 6:35; 8:28; Hech. 7:48; 16:17).
- *Rey eterno*: en la línea del rey David (Cf. II Sam. 7:12-16; I Cr. 7:11-14; Is. 9:5-6).

Ante esta invitación a la maternidad mesiánica, María pregunta: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (1:34). Las palabras de María parecen denotar un estado en el cual intenta permanecer; como si un abstemio dijera: no bebo. En este sentido podríamos hablar de un propósito. Pero las palabras de la Virgen no aclaran cómo llegó a esta decisión, en qué forma la explicitó, ni cómo conciliaría su virginidad con su desposorio con José.

La pregunta demuestra, además, sensatez; la fe también pregunta y busca: un fácil y rápido asentimiento podría denotar indiscreción y que no se ha tomado la revelación en toda su hondura y seriedad.

La respuesta del mensajero celestial explica el cómo de la concepción y las consecuencias de esto en relación con el niño que va a nacer (1:35). El Espíritu Santo, el poder del Altísimo, la potencia creadora de Dios que es origen de nueva vida (Cf. Is. 32:5; Hech. 1:8) vendrá sobre María y la cubrirá con su sombra, tal como la Nube (signo de la presencia divina) cubrió en otro tiempo la Tienda del encuentro y la Gloria de Yaveh (automanifestación irradiante de Dios) llenó la Morada (ex. 40:34-35). Por eso el niño será:

- *Santo*: en sentido absoluto, según el modo de Dios (Cf. Lv. 19:2; Sal. 71:22; 89:19; 99:5).

- *Hijo de Dios*: en sentido equivalente a la Gloria de Dios, es decir, unido a Dios desde lo más profundo de su ser (Cf. Lc. 3:22; 9:34-35; 22:69-70).

La misión de María toca íntimamente a su persona, pues pasa por su maternidad; pero engendrará virginalmente; y su hijo será trascendente, afín a la divinidad. Ningún encuentro con Dios ha sido tan inmediato y directo como el de María creyente. Engendró a Dios por la fe.

Dios corre un velo sobre el misterio de la encarnación ante los ojos fieles y enamorados de la Virgen Madre. Ese día María entendió mucho, pero no todo: lo necesario para comprometerse a sabiendas y queriendo. Conoció en la fe, lo cual implica obscuridad y necesidad de progreso. Conoció también con ese conocimiento intuitivo con que conoce toda madre en gestación: el hijo, ya desde el seno, le enseña vitalmente a su madre quién es ella y quién es él...

Dios reveló su mensaje con categorías comprensibles para María: el lenguaje de la tradición bíblica de su pueblo. O de otra manera, María interpretó el sentido de su experiencia gracias a su conocimiento de las tradiciones religiosas de Israel.

Sea como sea, el día de la anunciación María fue introducida en la “radical novedad de la auto-revelación de Dios y ha tomado conciencia del misterio”, tal como esos pequeños a quienes el Padre no les oculta el misterio de su Hijo (*Redemptoris mater*, 7).

Un par de preguntas se me imponen: ¿soy pequeño?, ¿creo en el Hijo de Dios hecho hombre en el seno de María virgen, por obra y gracia del Espíritu Santo?

La Esclava del Señor

La experiencia espiritual de María, elaborada por Lucas en fidelidad a sus fuentes, concluye con estas palabras de respuesta: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (1:38). María da así su consentimiento personal a la maternidad trascendente propuesta. Este consentimiento es un acto de fe incomparable (Cf. 1:45). Ninguna historia de vocación precedente concluyó con una afirmación tan rotunda y absoluta.

Habiendo recibido de Dios un nombre nuevo, Llena de gracia, María se confiesa ahora: *Esclava* del Señor. Se reconoce servidora y, en condición de tal, está dispuesta a colaborar con el Señor en la gesta salvadora. Se alinea así, coronándola, en la larga serie de siervos con quienes el Espíritu potenció hacia adelante la historia de la salvación (Cf. Ex. 14:31; Sal. 18:1; 89:4,21; 105:42; Is. 42:1).

La autodenominación de esclava puede también hacer referencia a la esclava-esposa; es decir, situaría la respuesta de María en un ámbito matrimonial (Cf. Rut. 3:9; I Sam. 25:41). María acepta ser madre del hijo que nacerá por obra y gracia esponsal del Espíritu. Además, si tenemos en cuenta que el desposorio o contrato matrimonial entre los hebreos constituía ya al novio en Señor de su prometida (Cf. I Ped. 3:6), podemos también decir que el consentimiento de María implicaba una confianza total en José: éste comprendería y aceptaría lo sucedido. Su maternidad no contradiría su virginidad, ni la separará de su prometido, pues “nada es imposible para Dios” (1:37), y todo es posible para el que cree (Mc. 9:23).

El enviado de Dios había invitado a nuestra Virgen a alegrarse. La respuesta de María manifiesta un gozo profundo y desbordante: *¡hágase!* En efecto, el modo verbal utilizado por Lucas, optativo desiderativo, al referirse a un deseo posible, su cumplimiento es causa de gozo (Cf. 20:16). Por consiguiente, el “hágase” de la Virgen podría traducirse así: ¡Oh, sí, qué gran alegría! ¡Que se haga en mí lo que has dicho! La invitación del mensajero encontró pronto eco en la Llena de gracia: la fe es fuente de alegría y gozo.

En este “hágase”, fiel y gozoso, encuentra también su plenitud la respuesta de fe del pueblo elegido a la alianza pactada con Dios: “¡Haremos todo cuanto Yahvéh nos ha dicho!” (Ex. 19:8; 24:3, 7; cf. Jos. 24:24; Esd. 10:12; Neh. 5:12; I Mac. 13:9).

María, mediante su fe, dio el salto más prodigioso que se haya dado jamás: pasó de la antigua a la nueva alianza entre Dios y los hombres. Gracias a esta fe, Dios obró y mostró su Gloria en la encarnación de su Hijo (Cf. Jn. 2:5, 11).

Servidora de Isabel

A continuación, Lucas nos cuenta que María partió con presteza hacia una ciudad de Judea para *visitar* y ayudar a su pariente Isabel, que estaba en su sexto mes de embarazo (1:36,39-40). La fe no sólo conoce, sino que también obra por el amor.

Isabel, llena de gozo y del Espíritu, la bendijo, se maravilló de la visita de la madre del Señor, y gritó: “¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (1:42-45).

Las palabras de Isabel confirman a María en su fe. María es *bendita*, es decir: está en particular comunión con Dios y participa de su plan de salvación. La bendición proferida por Isabel está inspirada en la conocida bendición de la heroína Judit (13:18-19). Pero hay un cambio significativo: el Señor Dios de la bendición de Judit queda substituido por Jesús en la bendición de María. El mensaje es claro: Jesús, fruto del seno de María, es el Señor Dios. María es la madre del Señor.

Profetisa de salvación y gozo

La fe es la fuente de la *bienaventuranza*, felicidad y dicha de la Virgen nazarena. María es feliz porque es creyente. En este clima de dicha, fe y presencia del Espíritu, se gesta el cántico de alabanza de la humilde esclava del Señor (1:46-55). La fe gozosa da lugar a la oración inspirada. El “*magnificat*” prolonga el “*hágase*” que sirvió de respuesta al anuncio de la maternidad mesiánica y trascendente.

Anuncio angélico

- Alégrate.
- Llena de gracia.
- Has hallado gracia delante de Dios.
- A quien pondrás por nombre Jesús, que significa salvador.
- Será grande.
- Será santo.
- Reinará por los siglos de los siglos.
- Su reino no tendrá fin.

Cántico de María

- Mi espíritu se alegra en Dios.
- El Poderoso ha hecho maravillas en mi favor.
- Ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava.
- ...En Dios mi salvador.
- Engrandece mi alma al Señor.
- Santo es su nombre.
- Desplegó la fuerza de su brazo, derribó a los poderosos.
- Se acordó de su misericordia en favor de Abraham por los siglos.

La confirmación en la fe hace más firme su seguridad, ahonda su gozo, irrumpe en alabanzas y agradecimiento al dador de todo bien, y se abre a la profecía.

Madre pobre

Jesús *nace* en la pobreza: fue envuelto en pañales y recostado en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el alojamiento (Lc. 2:6-7). La sencillez de los signos ocultaba el misterio (2:12).

Unos pastores se presentaron donde estaban María, José y el niño, y contaron lo que esa noche les había sucedido. En pocas palabras, habían recibido una buena noticia, ¡un evangelio!, una revelación del cielo: en la ciudad del rey David les había nacido un salvador que era el Cristo Señor (2:10-11).

Todos los que oyeron a los pastores se maravillaban de lo que decían. María, por su parte, “guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (2:18-19).

El relato lucano del nacimiento de Jesús denota claramente una elaboración postpascual. La redacción de Lucas transparenta la luz de la resurrección y la experiencia de la Iglesia después de Pentecostés.

En efecto, solamente después de la pascua, Jesús es confesado como Salvador (Hech. 5:31; 13:23) y como Cristo Señor, es decir: Ungido real y trascendente (Hech. 2:36). Los pastores de Belén parecen comportarse como los guías y evangelistas de la primitiva comunidad (comparar 2:20 con Hech. 4:20). Además, el esquema literario: hecho maravilloso-temor-incomprensión-explicación, aparece con frecuencia en san Lucas (Cf. 1:26-38; Hech. 3:1-4:4).

Y, ¿cómo ha sido comprendido el sentido de los signos –pañales y pesebre– ofrecidos por el ángel revelador a los pastores? (2:12)?

- *Envuelto en pañales*: si bien el niño es Cristo Señor, no por eso deja de ser un verdadero hombre. El niño tuvo unos padres que lo recibieron con cariño y lo cuidaron como a un bebé (Cf. Sab. 7:4; Ez. 16:4).
- *Recostado en un pesebre*: tan hombre es, que algunos no lo reconocieron como Cristo Señor, de acá que no encontró lugar en el alojamiento y fue recostado en un pesebre (Cf. Is. 1:2-4). Al fin de sus días, su cuerpo fue también “recostado” en un sepulcro ajeno (Cf. 23:53; Mt. 27:60).

A la luz de la pascua y del Espíritu, Lucas enfatiza la realidad humana del Mesías glorioso y divino. Su presencia fue aceptada por unos, pero rechazada por otros; este rechazo lo llevó finalmente a una muerte ignominiosa y sin derecho a sepultura pública. Pero él es el Salvador, el Cristo Señor.

Ante todo esto podemos preguntarnos: ¿cómo llegó el evangelista a la comprensión profunda de los signos y de lo sucedido aquella noche del nacimiento de Jesús? La respuesta nos la ofrece el mismo evangelio: la creyente María, que guardaba todos los dichos y hechos en su corazón, los había confrontado contemplativamente entre sí, hasta hallar la interpretación correcta y llegar al conocimiento profundo de todo lo acontecido.

La espada de la palabra

Cuando Jesús fue *presentado en el Templo*, según lo prescrito por la Ley, tuvo lugar otro episodio que maravilló a sus padres. Veamos lo que nos dice Lucas sobre el mismo (2:22-35).

Un anciano justo, piadoso y espiritual, llamado Simeón, bendijo a Dios por causa del niño Jesús. Este niño era: salvación (Cf. Is. 46:13, 52:9-10), luz para iluminar a las naciones (Cf. Is. 42:6) y gloria de Israel (Cf. Is. 40:5). José y María quedaron admirados ante estas palabras (2:29-33), que sonaban como un eco de las profecías de Isaías, sobre todo las referentes al Servidor sufriente de Yahvéh.

Simeón bendijo luego a los maravillados padres. Y dirigiéndose a María, profetizó que su hijo sería “signo de contradicción” y causa de caída y elevación de muchos en Israel, a fin de poner al descubierto las intenciones de muchos corazones. Y además, “a ti misma (María), una espada te atravesará el alma” (2:34-35).

La fe de María se abre a un nuevo anuncio, a una nueva revelación sobre su hijo y sobre ella misma. Algo le sucederá a ella, y a todo Israel, en relación con su hijo Jesús. ¿Qué es lo que aguarda en el futuro?

En las escrituras, la espada es símbolo de la palabra de Dios (Cf. Ef. 6:17; Heb. 4:12). La boca del Siervo de Yahvéh, según Isaías, es como una “espada afilada” (Is. 49:2). En la visión de Jesucristo glorioso y resucitado que tuvo Juan en Patmos, vio que de su “boca salía una espada aguda de dos filos” (Apoc. 1:16; cf. 2:12,16). Y en la aparición del caballero “Fiel y Veraz”, cuyo nombre es “Palabra de Dios”, he aquí que de su “boca salía una espada afilada” (Apoc. 19:15,21).

Para el profeta Simeón, Jesús es el Siervo sufriente de Yahvéh, pero su palabra será como una espada que discernirá los corazones; nadie podrá permanecer indiferente ante su enseñanza y su persona.

La creyente María, al igual que todo el pueblo de Israel, deberá confrontar la palabra de su hijo, buscar su sentido, alguna vez no comprenderla, vivirla siempre y hasta sufrirla como si una espada le atravesara el alma. La obediencia de la fe, además de ser fuente de profundo gozo, puede ser causa de insospechada agonía. Pero este sufrimiento y crisis serán para María motivo de crecimiento y fortalecimiento en la fe.

Figura de la resurrección

Con ocasión de una peregrinación a Jerusalén para la celebración pascual, Jesús se queda en la ciudad santa; sus padres, en su regreso, no advierten la ausencia. Al cabo de tres días de búsqueda, lo *encuentran en el Templo*; el adolescente dialogaba con los maestros de la ley; cuando lo vieron, sus padres quedaron sorprendidos (Lc. 2:41-48).

María le pregunta: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiadísimos, te andábamos buscando” (2:48). Jesús le responde: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (2:49). María y José “no comprendieron la respuesta que les dio” (2:50). Luego, en vez de permanecer en el Templo, Jesús volvió con ellos a Nazaret y vivía sometido en obediencia. Su Madre, “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (2:51).

¿Qué es lo que María y José no comprendieron, aunque creyeron en sus corazones? ¿Qué sentido tienen las palabras de Jesús? Poco a poco, María, mediante su meditación contemplativa, ayudada por el Espíritu, fue develando el misterio. Cuando Lucas escribe, ya es fácil contemplar el pasado a la luz del presente. Las palabras de Jesús se referían a una exigencia oculta en la paradoja y a un enigma profético.

En primer lugar, Jesús hablaba de una *ruptura* familiar. Utilizando la palabra “padre” en un sentido diferente al usado por María, y agregándole en igual sentido el adjetivo posesivo “mi”, Jesús desconcertó a sus padres. Más de una vez, en el futuro, Jesús utilizará juegos de palabras y paradojas para comunicar un mensaje de mayor hondura y sentido (Cf. 8:19-21; Jn. 2:18-22; 4:7-15, 31-34, 35-38). Lo que Jesús estaba diciendo era esto: José no es más que mi padre terrestre, pero yo tengo también un Padre celestial a quien he de obedecer; este Templo es su casa, es aquí donde debo estar y no en la casa paterna de Nazaret.

Pero además, y sobre todo, Jesús se refería, bajo el velo del enigma profético, a un *regreso* al Padre que se efectuaría mediante su muerte y resurrección; es decir: su pasión como retorno definitivo al Padre (Cf. 9:31). Los principales indicios que delatan esta profecía pascual serían los siguientes:

- El *debía* o “es necesario” (dei) que profiere Jesús en el Templo, es asimismo utilizado otras varias veces para anunciar o explicar la pasión asumida como voluntad de Padre, a fin de alcanzar la gloria (Cf. 9:22; 13:32-33; 17:25; 22:37; 24:7,26,44).
- Los *tres días* de la desaparición prefiguran los días del sepulcro y el tercero de la resurrección, como camino de retorno al Padre (Cf. 9:22; 12:38; 13:32; 18:33; 24:7,21-22,46; Hech. 10:4).

El anuncio profético y la pasión y gloria suscitó siempre incompreensión (Cf. 9:45; 18:34; 24:25-26). A partir de este hecho ocurrido en el Templo, comienza a cumplirse la profecía de Simeón: una espada atraviesa el alma de la Madre creyente.

Fe para los discípulos

Han pasado veinte años, estamos en *Caná de Galilea*, donde se celebran unas bodas. La Madre de Jesús está allí; Jesús y sus discípulos fueron también invitados. Es el discípulo Juan quien nos comparte sus recuerdos y el fruto de su contemplación sobre lo acontecido en aquel tercer día.

Se acaba el vino de la boda. La Madre interviene ante su hijo: “No tienen vino” (2:3). La respuesta de Jesús, como aquella del Templo años atrás, suena enigmática. Pero la Madre había crecido en fe y esta nueva contrariedad le será causa de nuevo crecimiento. Veamos las palabras de Jesús y su sentido (2:4), intuitas en la fe por su Madre, como lo demostrará su respuesta.

- *¿Qué tengo yo contigo, mujer?:* Jesús cuestiona el tipo de relación que le une a su Madre. Es como si preguntara: ¿qué tipo de relación existe entre nosotros? Sus palabras son como otra invitación a trascender la mera maternidad natural; Jesús invita a María a pasar a una nueva realidad (Cf. 4:21; 8:10-11; 20:15).
- *Todavía no ha llegado mi hora:* es decir, el momento de mi manifestación, de mi pascua, glorificación y regreso al Padre. En esa hora tendrás también tu parte (Cf. 7:30; 8:20; 12:23,27; 13:1; 17:1; 19:27). No obstante, Jesús está abierto a comenzar a manifestarse si así se lo indica su Padre. Y su Padre del cielo le habló por medio de su Madre en la tierra.

La Madre de Jesús les dice a los sirvientes: “Haced lo que él os diga” (2:5). Estas son las últimas palabras de María que han quedado consignadas en los evangelios. El día de la anunciación la Esclava del Señor dijo: hágase en mí según tu palabra; ahora, en Caná, dice: haced lo que él diga. María invita a abrazar la alianza entre Dios y los hombres en la persona de su propio hijo (Cf. Ex. 19:8; 24:3,7; Dt. 27:15ss.).

Los sirvientes hicieron lo que Jesús les dijo, y seis tinajas de agua, símbolo de la purificación según la antigua alianza (Cf. Ex. 19:10-11), se convirtieron en el vino de la nueva alianza (2:6-11). Así en Caná de Galilea, Jesús dio comienzo a sus señales, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él (2:11).

Siglos atrás, también en un “tercer día”, Yahvéh había manifestado su gloria en el Sinaí, al pactar su alianza y acreditar a Moisés como su profeta (Ex. 19:9-11; 24:16-17; 2:19-22).

María creyó antes que Jesús hiciera el signo milagroso: tuvo la dicha de creer sin ver (20:29). Su fe anticipó la hora de la manifestación de su hijo y su participación en ella (Cf. 14:12-14; 15:7). María creyó e invitó a creer. No sólo escucha y se deja hacer, sino que también pide a otros que hagan lo que Jesús dice. La Madre creyente es portavoz de la voluntad de su hijo y contribuye así a engendrar la fe de los discípulos.

Una fe que crecía

Lucas nos narra un par de dichos de Jesús, proferidos durante su *vida pública*, que revelan el crecimiento de la fe de María.

Jesús está proclamando la buena noticia del Reino por ciudades y pueblos, en compañía de los doce y de algunas mujeres que les ayudaban con sus bienes (8:1-3). Habiéndose congregado mucha gente, Jesús habla en parábolas o comparaciones: “Salió el sembrador a sembrar...” (8:4-8). Los discípulos no comprenden y piden explicaciones, Jesús accede, pues a ellos se les ha concedido el misterio del Reino de Dios: “La semilla es la palabra de Dios... la buena tierra son los que, después

de haber oído, conservan la palabra con corazón bueno y recto y dan fruto con perseverancia” (8:11-15).

Y en esos momentos, le avisan a Jesús: “Tu madre y hermanos están ahí fuera y quieren verte”. Pero él respondió: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra y la cumplen” (8:20-21).

En el ámbito del Reino de Dios, en la dimensión de la paternidad de Dios, hasta las relaciones familiares adquieren un sentido diverso. María ya había comenzado a vivirlo desde aquel día en que no comprendió inmediatamente lo que el adolescente Jesús les había dicho en el Templo. El diálogo en Caná había sido otro paso hacia el misterio.

La maternidad nueva y distinta de la que Jesús habla concierne a María de un modo muy especial. María es madre, pues es tierra buena que ha acogido y conservado la semilla de la palabra desde siempre. Las palabras de Jesús son un elogio de su madre y una presentación de su vida y fe como modelo.

Poco después, una mujer que no había comprendido todavía el misterio del Reino, elogia a Jesús elogiando a su madre: “¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!”. Pero él dijo: “Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (11:27-28).

Es verdad, María es dichosa por ser madre según la carne, pero es mucho más dichosa aún porque desde el primer momento acogió la palabra, se dejó hacer por ella, la contempló, y la conservó cuidadosamente en su corazón. Es decir, María es feliz y es madre por haber creído (Cf. 1:38,42,45; 2:19,51).

Fe madura y crucificada

Llegamos al día del *calvario*. Tanto Lucas como Juan nos hablan de la presencia de familiares de Jesús y de las mujeres que le habían seguido desde Galilea (Lc. 23:49). Pero san Juan es más explícito y conserva también una tradición ignorada por todos los otros evangelistas (19:25).

Junto a la cruz estaba su madre. Jesús, viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus bienes (19:26-27).

La elaboración que Juan ha hecho del episodio es coherente con su *teología* y visión del misterio de Jesús y de María. La relación con Caná es evidente: María es presentada como “Madre de Jesús” y como “mujer”; la “hora” de la manifestación y de pasar de este mundo al Padre por la pasión-muerte-resurrección ha llegado. María está presente, no sólo junto a la cruz, sino junto al crucificado: tiene parte y comulga con su pasión.

En la hora en que Jesús reúne a los “hijos de Dios que estaban dispersos” (11:49-52), allí está María, como mujer acongojada “porque le ha llegado su hora de dar a luz”, pero que se llenará de gozo cuando ya haya nacido un hombre al mundo (16:21).

Nos dice el evangelista que “después” de la mutua entrega del discípulo a la madre y de ésta a aquél, Jesús sabe que “todo está cumplido” (19:28). Su “obra”, o las “obras que el Padre le ha encomendado llevar a cabo”, han sido efectuadas a la perfección (4:34; 5:36; 17:4).

Mirando “al que atravesaron”, María creyente, también ella atravesada, da testimonio para que nosotros creamos: su hijo es el verdadero cordero pascual que quita el pecado del mundo (19:33-37; 1:29).

Juan utiliza además un *modelo literario* de revelación, conocido ya en la tradición profética (Cf. Is. 49:18; 60:4; Ez. 1:4; 37:8), y que él mismo había utilizado desde el primer capítulo de su evangelio (1:29,35-36,47; Cf. Mc. 3:34). El *ahí tienes* (ide), que podría traducirse por “reconoce” o “mira”, introduce una revelación, manifiesta algo oculto pero que ya existía. María es, desde Caná, Madre del discípulo amado, Madre del discípulo creyente, Madre del discípulo que “guarda los mandamientos” (14:15,21,23; 15:13-15; I Jn. 2:5), pues ha engendrado su fe. Sólo una discípula amada, puede ser madre de un discípulo amado; sólo una creyente puede ser madre de un creyente.

La maternidad espiritual comporta también ejemplaridad: la madre ha sido y es modelo de la fe del discípulo (Cf. 2:5,11; 8:39; I Cor. 4:15-16; I Ped. 3:6).

No hace falta decir que, para Juan, el discípulo amado es figura de todos aquellos que, habiendo conservado la palabra evangélica, se encuentran en el ámbito del amor del Padre y del Hijo (14:21), y que, por eso, Jesús los llama amigos (15:14-15). Se trata, en definitiva, de cualquier discípulo creyente, hijo de la discipula y madre creyente.

Es precisamente este discípulo amado, el que acoge a María, y la acoge entre sus cosas propias (*eis tá ídia*). Satanás tiene lo suyo propio: la mentira (8:44); también lo tiene el mundo: el odio (15:19). El pueblo elegido es lo propio de Jesús (1:11), al igual que las ovejas que lo reconocen (10:4). Y ¿qué es lo propio de los discípulos que Jesús reúne de la dispersión como hijos de Dios (11:51-52; 16:32)? ¿Cuáles son los dones o bienes que Jesús les da en propiedad?

El discípulo amado acoge a María entre los propios bienes de la fe: el pan del cuerpo de Jesús (6:51), su amor (13:1), su paz (14:27), su palabra (17:8) y su Espíritu (20:22). María es don de Jesús y parte de nuestra herencia cristiana.

María, testigo de “La hora”

La contemplación de Juan sobre el hecho del calvario fue redactada medio siglo después de los acontecimientos; quizás la Madre creyente y contemplativa prestó sus aportes. ¿Pero podemos decir algo sobre los mismos hechos que subyacen a la elaboración de nuestros evangelistas? Vamos a intentarlo.

La conjuración contra su hijo y la traición de Judas no habían pasado desapercibidas a la intuición materna de María (Cf. Lc. 22:1-6; Jn. 11:47,53; 13:11). Presentía también que bajo la bravura de Pedro Roca se ocultaba la cobardía y debilidad de la fe (Cf. Lc. 22:31-34; Jn. 13:36-38); pero no desconocía los buenos sentimientos de su corazón.

Ella también tuvo su Getsemaní: “Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). Y no vaciló en su fe cuando Pilato mandó sacar fuera a Jesús, con una corona de espinas y un manto escarlata, y lo presentó ante el pueblo diciendo: “He aquí al hombre” (Jn. 19:5).

Había llegado la hora de los adversarios y del “poder de las tinieblas” (Lc. 22:53); hasta el mismo cielo se llenaba de “obscuridad” (Lc. 23:44). Muchos se burlaban de su hijo y decían: “Que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido” (Lc. 22:35).

Sobre la cabeza del ajusticiado pendía la causa de su condena: “Jesús el Nazareno, el rey de los judíos” (Jn. 19:19; Lc. 23:28). Y María estaba allí, junto a la cruz, unida por la fe al crucificado.

Era también la hora de la tentación (Cf. Lc. 22:46) y de zarandear la fe en criba de la prueba (Cf. Lc. 4:13; 22:31,46). El hijo de María se había convertido en algo “despreciable y desecho de los hombres” (Is. 53:3), en signo de contradicción; estaban quedando al descubierto los pensamientos de muchos corazones y una espada atravesaba el corazón de la Madre. Simeón había sido un profeta del Señor.

¿Qué pensamientos surgían y meditaba María en su corazón? Recordaría a Abrahám, padre de la fe de su pueblo, quien creía que Dios era poderoso como para resucitar a un muerto (Cf. Rom. 4:17; Hab. 11:19). No podía olvidar al Siervo de Yahvéh, de quien profetizó Isaías: “Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahvéh se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma verá luz, se saciará” (Is. 53:10-11). Haría memoria de aquella viuda macabea, madre de siete hijos condenados a muerte, que tenía “su esperanza puesta en el Señor” que resucita a los justos (II Mac. 7:14,20). ¿Iba acaso Dios a permitir que su santo “experimente la corrupción”, o lo iba a “abandonar en el Hades” (Sal. 16:10; Hech. 2:25-28; 13:34-37)? María, con seguridad, entonó en su corazón su canto profético de alabanza: ¡Exaltó a los humildes! Pero aún había que esperar: la plenitud de los tiempos reclama fe en el “tercer día”.

El día del calvario María creyó en la muerte redentora de su hijo y en su resurrección como regreso a la casa del Padre. Creyó también, cuando todo parecía perdido, en la extensión de su maternidad como don de su hijo hacia los hombres. Su fe no vaciló, se mantuvo firme como sobre

una roca; aún más, creció mediante el más hondo despojo y abatimiento que jamás haya experimentado creatura alguna. El día del calvario, María aprendió como nunca la sabiduría de Dios que reside en Cristo Crucificado.

Los evangelistas no nos hablan de apariciones de Jesús resucitado a su Madre. Este silencio puede estar señalando lo que verdaderamente ocurrió. La felicidad de la fe de María llegó al culmen de la perfección, pues ella siguió creyendo sin ver (Jn. 20:29); y así llegó a ser aún más grata a Dios (Cf. Heb. 11:6).

Nuevamente encaro una pregunta: ¿creo en Jesucristo muerto y resucitado por nuestra salvación, la mía, la de ustedes, la de todos los hombres?

Con el Espíritu, Madre de la Fe

Siete semanas más tarde volvemos a encontrar a María, en medio de la comunidad creyente y orante, a la espera del Espíritu de *Pentecostés*. Está junto a los doce, algunas mujeres y sus familiares, todos son ya “hermanos de Jesús”, hijos de ella (Hech. 1:12-26).

Al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos. Vino el Espíritu como una ráfaga de viento y como unas lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos. Quedaron todos llenos del Espíritu y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedió expresarse (Hech. 2:1-4).

Desde aquel día María se convirtió en “testigo” de su hijo (Lc. 24:33,48-49; Hech. 1:8,22). En medio de todos los testigos se encontraba María, con la pureza de su fe y la peculiaridad de su testimonio: sólo ella podía testimoniar lo oído, visto y meditado desde los primeros inicios (Cf. Lc. 1:2).

Después de la infusión del Espíritu, el seguimiento y el discipulado adquieren una nueva configuración: los seguidores y los discípulos de Jesús pasan a ser los “fieles” o los “creyentes” (Hech. 2:44; 4:32; 5:14). Es precisamente así como Lucas nos había presentado a María desde los inicios de su evangelio. La Madre es la primera creyente, los hijos heredamos su fe.

Crear como María

Hemos estado escuchando a los evangelistas Lucas y Juan; ellos nos han contado lo que vieron, escucharon y meditaron sobre la fe de María. La Virgen Madre creyó a Dios por Dios mismo. Creyó en su Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, muerto y resucitado por nuestra salvación. Creyó en sí misma, como: Llena de gracia por elección del Padre, Virgen y Madre de Dios por obra del Espíritu, Madre de todos nosotros por colaborar y padecer con su hijo.

Pero no se trata sólo de conocer a María creyente sino también de imitarla. Me preguntan: ¿cómo creyó María? Les respondo: María creyó:

- Buscando y preguntando, conociendo por amor, con gozo, permitiendo que Dios obrase, uniéndose íntimamente con Dios en Cristo (Anunciación).
- Obrando por amor, con gozo, orando, profetizando (Visitación).
- Buscando mediante la meditación contemplativa (Nacimiento).
- Admirándose, en silencio (Profecía de Simeón).
- Con estupor, buscando con angustia, sin comprender, guardando en su corazón (Jesús en el Templo).

- Sin ver signos, mediando la voluntad del Padre, anticipando la acción de su Hijo, engendrando fe en los discípulos (Caná de Galilea).
- Fructuosamente, con gozo, con perseverancia (Testimonio de Jesús).
- Con fortaleza, atravesada por una espada, cuando todo parecía perdido, obedeciendo, engendrando otros hijos, adquiriendo la sabiduría de la cruz (Calvario).
- Dando testimonio materno de su hijo (Pentecostés).

***Una fe que hace bienaventurado
al que cree y obra***

Nos es fácil constatar que toda la vida de nuestra Madre fue un continuo progreso en la fe que conoce y obra por el amor.

María creció en la fe, no pese a las pruebas y crisis, sino gracias a ellas. Fue probada en todo, igual que nosotros, excepto en el pecado; nos dejó así su ejemplo para que sigamos sus huellas (Cf. Heb. 4:15; I Ped. 2:21).

María tuvo que pasar muchos años de su vida en la obscuridad de lo cotidiano con la esperanza puesta en el anuncio y la promesa. Sólo recibió un signo para guiar sus pasos: un signo de contradicción. La espada de la palabra de su hijo atravesó repetidamente su alma para que pudiera pasar de una maternidad natural a otra en el Espíritu. Por todo esto, ayer y siempre, la proclamamos bienaventurada por haber creído.

María colabora como Madre en el nacimiento de nuestra fe, nos asiste con su mediación y se nos presenta como cautivante modelo de creyente contemplativa.

Todos nosotros, comenzando por san José, el primero que confió en Dios y en ella, participamos de la fe de María (Cf. *Redemptoris mater*, 27).

5. SOLEDAD SOLIDARIA

Ha llegado el momento de decirles algo sobre la soledad y solidaridad de María. Dos aspectos de un único misterio: ella es María Soledad y María Solidaridad.

María se hace presente

Para comenzar, tengo que referirme a un acontecimiento que tuvo lugar un 25 de septiembre, corriendo el año 1974. Desde hacía meses se venía gestando, aquel día nació.

Fue muy simple y breve, como todo lo importante y trascendente. Ocurrió durante la celebración eucarística. Desde mi lugar de concelebrante podía ver el cuadro de la Virgen de Guadalupe a la derecha del altar. Mirarla y hablarle, escucharla y sentirme mirado, fue todo uno. Ella estaba presente, tal como lo está en toda Eucaristía.

La vivencia se tradujo en unas pocas palabras, no eran necesarias más: “Qué solita estás..., pero qué cercana, como en una soledad solidaria... ¡qué madre y qué virgen!”.

Durante la acción de gracias, después de la Misa, comenzó a brotar una fuente que aún hoy sigue manando.

Desde aquel entonces he contemplado la soledad y solidaridad de María desde dos ángulos diferentes y complementarios, aunque ambos forman una unidad. María se me presenta como un modelo que configura nuestra vida, tanto en el orden humano cuanto teologal. Se los cuento tal como hoy lo puedo contar.

María, persona en plenitud

María Soledad y Solidaridad se nos presenta como un modelo insuperable de *persona humana*. Si bien ya les he escrito sobre esto años atrás, lo vuelvo a hacer hoy, pero esta vez desde la perspectiva de María.

En cierto modo, nos enseña san Bernardo de Claraval, podemos afirmar que Dios es soledad, por ser la raíz de sí mismo y de todos los seres. Pero esta soledad divina no es solitaria, pues su unidad es trinitaria, aunque al decir trinidad no se afirma multiplicidad (Cf. *Sobre la consideración*, V, IV:13; V, VIII:19).

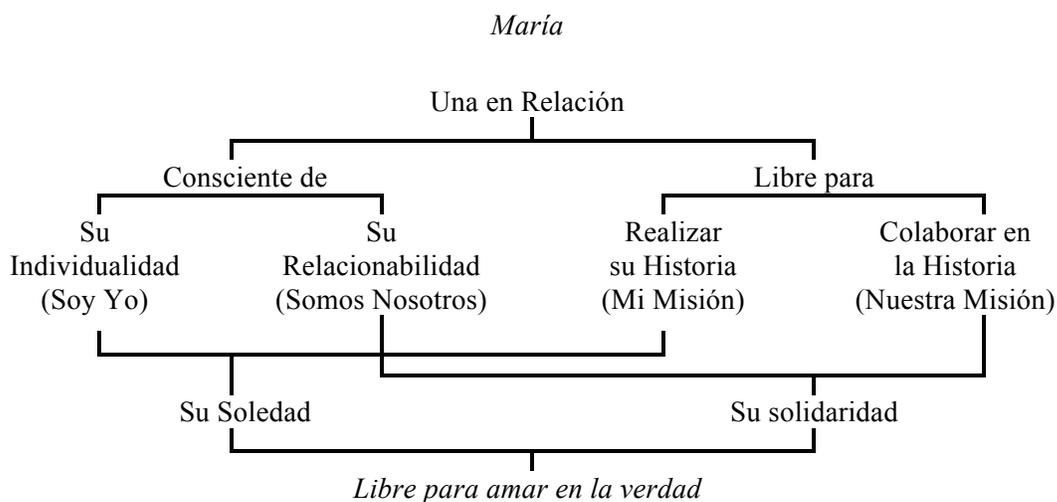
Creada a imagen y semejanza de Dios uno y trino, María es persona en el sentido más pleno de la realidad y de la palabra. Esto significa que en ella se da una armonía sin par entre:

<i>Individualidad</i>	y	<i>Relacionabilidad</i>
<i>Autopresencia</i>	y	<i>Aliopresencia</i>
<i>Autoposición</i>	y	<i>Autodonación</i>
<i>Soledad</i>	y	<i>Solidaridad</i>
<i>Yo</i>	y	<i>Nosotros</i>

Ella es, pues, una en relación. Su yo individual es único e irrepetible, tiene a Dios mismo como fuente y autor. Sin el Tú divino que la llama a la existencia, el yo de María no podría ser ni existir. Y desde el momento en que es y existe, ella misma se convierte en un tú para quien le dio el ser y la existencia. Por eso su yo individual es también un nosotros relacional.

Pero la persona no es algo estático sino dinámico. María, en cuanto persona, va siendo y existiendo gracias a su conciencia y libertad. Ella sabe quién es y sabe y quiere lo que hace. Es responsable de sí misma y de sus obras. Mediante su conciencia y libertad personales, su vida es misión en el quehacer de la historia.

El misterio de la persona es indefinible, tanto más si esa persona es María. Pese a todo, con el permiso de ella, les ofrezco un gráfico –inspirado en el cántico del *magnificat*– que pretende ilustrar algo de lo dicho y motivar la intuición hacia un entendimiento más profundo.



Persona de mujer

Ahora bien, en el contexto de lo que vengo diciendo, no puedo olvidar algo que, por lo demás, es evidente: María es mujer. Y, si entiendo bien a las mujeres, esto significaría que ella es más afín a la solidaridad que a la soledad, más presente a los otros que a sí misma, más donación de sí que posesión... Los varones, por el contrario, somos más individuados, y por consiguiente, más inclinados a la soledad... Una mujer con una fuerte personalidad es una mujer con una rica relacionabilidad.

Es verdad: María es mujer. Es también verdad: María madre y esposa tiene el centro de gravedad fuera de sí, en su hijo y su esposo. Y también es verdad: María virgen es centro de atracción y encanto a fin de ser sponsal y maternalmente fecunda.

María es toda relativa a Dios y a los hombres; toda referida, con reciprocidad, a El y a nosotros. Precisamente, por esta solidaridad tan suya, ella es única e irrepetible. Su soledad es consecuencia de su solidaridad y es apertura radical a la misma. En su soledad de autopresencia, María encuentra la fuente de su presencia solidaria.

María goza una profunda armonía existencial entre las dimensiones de soledad y solidaridad de su ser personal. Ella desconoce esos desequilibrios, tan nuestros, causados por el individualismo y la dependencia, el aislamiento y la simbiosis, el ensimismamiento y el caos.

Los ojos del corazón de María

Y lo dicho valga para lo que se refiere al aspecto humano o personal de la soledad y solidaridad de María. Van ahora algunos balbuceos sobre el aspecto teológico.

María Soledad y Solidaridad se nos presenta también como insuperable modelo de *contemplación y espiritualidad cristiana*.

La contemplación, lo hemos dicho miles de veces, es fe enamorada que anticipa lo esperado; es visión con ojos de amor; es unión con Dios de mente y corazón.

El corazón de María tiene dos ojos contemplativos: uno místico y otro profético.

Con uno y otro ojo ve y se une a Dios.

- Con el ojo *místico* María contempla y se une a Dios Trinidad que habita en la soledad de su corazón.
- Con el ojo *profético* María contempla y se une a Dios Trinidad que salva por la solidaridad de su servicio.

De esta manera, María contempla y se une a Dios, Amor Salvador, en su intimidad y en su relacionabilidad. Lo encuentra en su yo individual y en el nosotros social.

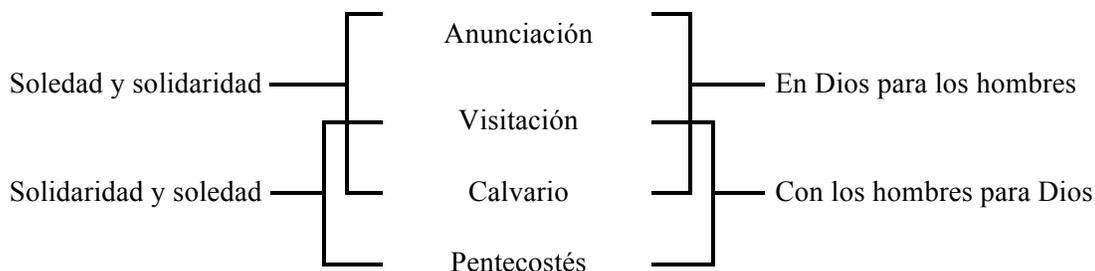
Y si cambiamos un poco el ángulo de visión podemos agregar algo más. Lo cambiamos: La soledad y solidaridad de María dicen también referencia al doble núcleo de la espiritualidad cristiana:

La fraternidad y el amor al prójimo como a uno mismo.

y

La filiación y el amor a Dios sobre todas las cosas.

Podemos echar ahora una mirada a los principales acontecimientos de la vida de María. Es fácil constatar que en ellos se manifiesta con diferentes matices el doble misterio de su soledad y solidaridad. Me ayudo nuevamente con un sencillo gráfico a fin de fomentar la intuición.



En el seno de la Alianza

Dando otro paso adelante, decimos: la soledad y la solidaridad de María confluyen en una única y doble realidad: la *alianza* con Dios y con los hombres.

Gran razón tenían nuestros Obispos, reunidos años atrás en Puebla cuando hablando de María, nos decían: “Toda de Cristo y con Él, toda servidora de los hombres” (294). No en vano ella es la más perfecta discípula de Aquel que “aparece actuando en la historia de la mano de su Padre” (276). En consecuencia, los ciudadanos del Pueblo de Dios “deben caminar por la tierra, pero como ciudadanos del cielo, con su corazón enraizado en Dios, mediante la oración y la contemplación. Actitud que no significa fuga frente a lo terreno, sino condición para una entrega fecunda a los hombres. Porque quien no haya aprendido a adorar la voluntad del Padre en el silencio de la oración, difícilmente logrará hacerlo cuando su condición de hermano le exija renuncia, dolor, humillación” (251).

En fin, si aceptamos a María como cautivante modelo, ella nos hará participar de su gracia. Podremos así ver y unirnos a Dios con los ojos de María, latiendo con su corazón, obrando con sus manos y testimoniándolo con su vida.

La soledad y solidaridad de María es una total apertura al poder del Padre, a fin de que se haga carne en el Hijo y salvador de los hombres, por quien todos somos uno en el amor del Espíritu.

Soledad Mariana – Solidaridad Mariana

Soy muy consciente de no haber dicho todo ni mucho, sólo un poco. La soledad y la solidaridad de la Virgen Madre son realidades polivalentes y multifacéticas, que se prestan más a la intuición que a la razón. Y no se puede hablar de una de ellas sin hacer referencia a la otra; por consiguiente, cuando decimos: “soledad mariana”, estamos en realidad diciendo: “soledad solidaria de María”. Lo principal de lo que intenté comunicarles se resume en esto:

<i>Soledad</i>	y	<i>Solidaridad</i>
Yo	y	Nosotros
Ojo místico	y	Ojo profético
Filiación	y	Fraternidad
Amor a Dios	y	Amor al prójimo

Anunciación-Calvario

y

Visitación-Pentecostés

Alianza

Hace ya varias semanas que comencé esta carta y va llegando la hora de ponerle el punto final.

Todos estamos llamados a ser modelos de vida cristiana. La Madre de Cristo no puede ser menos; por el contrario, es más. Su propio ejemplo es la palabra más elocuente y eficaz: ella hace lo que dice y así nos convence de que es factible lo que aconseja.

El Papa Pablo VI, otro eximio modelo evangélico, no cesaba de reconocerlo: “Las palabras mueven, los ejemplos arrastran. Así como las enseñanzas de los padres son mucho más eficaces si van acompañadas con el ejemplo de una vida congruente con la prudencia humana y divinas del mismo modo, la suavidad y la belleza que se desprenden de la virtud excelsa de la Inmaculada madre de Dios, impulsan de un modo admirable a la imitación del divino modelo, Jesucristo, de quien ella fue la más fiel imagen” (*Signum magnum*, I:3).

Cuando se sabe lo que se ha de hacer, no es ya tiempo de hablar, sino de callar y obrar.

Con un abrazo en la soledad solidaria de María de san José.

Bernardo